



## COMODO PERO PELIGROSO

Pocas veces, en la historia de la humanidad, se habrá ésta encontrado ante un comienzo de año tan saturado de los más tenebrosos presagios.

Pocas veces habrá habido unas Navidades en las que hayan encontrado un eco menos propicio las eternas palabras del cielo: "Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad".

La mayor parte de las naciones del mundo, —y sobre todo las de los viejos continentes Europa y Asia—, son presa en los albores de este nuevo año 1951 de un pánico pocas veces conocido, ante los temores bien fundados, —por desgracia—, de una próxima y posible conflagración mundial. Y tales temores sacuden violentamente la precaria existencia de pueblos que aún están sufriendo las duras consecuencias de una guerra apenas terminada...

Quien desde la colina del Vaticano está en condiciones para apreciar con justeza el estado actual de las relaciones internacionales, S. S. Pío XII, ha expresado con frase tajante, en su tradicional mensaje de Navidad de 1950, que "nunca la historia de la humanidad ha demostrado una disensión de mayor magnitud; llega a todos los extremos de la tierra".

Es triste y vergonzoso tener que aceptar la realidad innegable que esa frase del Papa implica. O sea tener que reconocer que las gestiones asiduas y laboriosas de tántos representantes de las naciones del mundo; y el consumo de tanto tiempo y dinero, encaminado todo ello a lograr y establecer una sólida y eficaz armonía y mutuo entendimiento entre todas las naciones del orbe, ha resultado a la postre de una inutilidad desconsoladora y agobiante.

Y ahora, en los comienzos del nuevo año, las perspectivas de la mayoría de las naciones, no son nada halagüeñas. Para unas, porque directamente temen verse pronto envueltas en los estragos de otra feroz guerra; y para otras, porque los efectos de esa guerra se dejarían sentir en forma tal vez sólo indirecta pero grave, por las dificultades para el aprovisionamiento de multitud de artículos de importación.

Es necesario percatarse de la dura realidad que confrontamos. Y sobre todo en nuestro país, donde una era de prosperidad económica como la que atravesamos, pudiera hacernos despreocupados o insensibles ante la tragedia que se avecina.

El viajero que llega a nuestras costas, después de haber recorrido en los últimos meses diversos países de Europa, se encuentra inesperadamente

respirando entre nosotros un ambiente de paz y de normalidad, que contrasta fuertemente con la ansiedad y crisis de nervios que fundamentalmente están viviendo esos otros países.

Pero esta posición providencialmente ventajosa en que nos hallamos, no debe servir en modo alguno para que nos olvidemos del temor y dolores de nuestros hermanos en otras latitudes. Sería fraticida la actitud de quien se contentara con disfrutar nuestras ventajas del presente, y sólo indirecta y vagamente, en la forma reporteril de noticias de la prensa, se enterara de los horribles males que, o se avecinan o ya se han desencadenado en densos sectores del mundo civilizado.

Nadie ignora que la lucha hace tiempo emprendida, y que cada año va recrudeciéndose más, se mantiene entre las dos grandes mitades de la humanidad, claramente definidas y reconocibles: la del mundo occidental cristiano, y la del mundo marxista y ateo. La de los que creemos en la supremacía del espíritu; y la de los que son esclavos de la mera materia.

Si pues nosotros, —salvo un pequeñísimo sector de pobrecitos equivocados o engañados—, gozosos nos aferramos a nuestra civilización cristiana y espiritualista, debemos no sólo pensar así, sino actuar y vivir de acuerdo con lo que esa creencia cristiana nos exige siempre, y de manera especial en la hora presente.

La labor práctica cristianizadora, —acaba de recordarlo el Papa en términos urgentísimos—, no debe pensarse que es deber sólo de Obispos y sacerdotes. Es un deber que concierne a todos y cada uno de los cristianos, dentro de la esfera de su respectiva posición y actividades.

Urge que todos despertemos de lo que el mismo Pontífice llama un letargo cómodo pero peligroso. No confiemos meramente en las circunstancias bonancibles que en el orden económico nos ha tocado disfrutar. No son los problemas económicos, los únicos ni los primeros, que el mundo de hoy confronta. Ni son las soluciones de orden sólo económico las que han de traer la paz al mundo. Pensar en esta forma sería caer inconscientemente en lo que es una de las raíces del marxismo que combatimos.

Quienes profesamos y defendemos los postulados de la civilización cristiana, debemos esforzarnos ante todo por triunfar sobre los estragos de ese veneno corrosivo que es el egoísmo, tanto individual, como colectivo e internacional. Y ese egoísmo que mira sólo a la conveniencia personal de grupo o de nación, tiene que ser combatido eficazmente mediante la práctica consciente y tesonera de la ley suprema de todo auténtico cristianismo, que es la ley de la caridad. Caridad que es comprensión y responsabilidad ante las exigencias del bien común.

Es una lección de oro la que a este respecto nos dicta Pío XII en el siguiente párrafo de su referida alocución: "Una nación no puede esperar el goce de la paz dentro de su propia frontera, sino bajo ciertas condiciones. No deben gobernantes y gobernados, jefes y súbditos defender sus propios intereses sociales y sus opiniones particulares con obstinación y cortedad de vista, sino que han de aprender a tener una visión más coprensiva de las cosas y del bien común".

Esa misma enseñanza aplicada al orden internacional, y a los diversos aspectos de las relaciones humanas, daría la solución a la gravísima crisis de paz que se confronta.

Ojalá que no la olvidemos, y que a tiempo la pusieramos en práctica.